

de los demas; y en cuanto á la otra, se trata solamente de una rebaja en el precio que tenia. Que la *Sombra* aplique su definicion de la palabra *castigo* al que se hace á una pieza de paño, y estamos seguros de que ella misma se admirará de haber llegado á un grado de acaloramiento en que no supo lo que dijo. Y sin embargo, como *inteligentes en el comercio*, calificacion por la cual le viviremos eternamente reconocidos al colega, sabemos que cuando hay un efecto podrido, que puede dañar á los demas, y á veces perjudicar á la salubridad pública, se manda sacar de la bodega y tirar á un muladar, ó quemar, prefiriendo el dueño perderle completamente, á tener que castigar á los demas.

El colega sacará fácilmente las deducciones.

Pensábamos continuar *nuestros chistes*, pero ya va muy largo este artículo, y no tenemos derecho para fastidiar á nuestros lectores; por lo que dando punto á nuestra cuestion con la *Sombra*, deseamos al colega de México el mayor acierto en sus tareas periodísticas, el logro de sus miras humanitarias, y la calma en las discusiones, que tan bien sienta á un legislador, juez y ministro.

XIX.

El mensaje del presidente Johnson.

(Diciembre de 1865. Publicado en el "Noticioso" de Veracruz.)

Nuestros lectores conocen ya, por el extracto que publicamos en uno de los números anteriores del *Noticioso*, este notable documento. La *Estafeta*, viendo en él un espíritu de marcada hostilidad hácia la intervencion francesa y el Imperio en México, da el grito de alarma; y á estar en su poder, pagaria muy caro el presidente de los Estados-Unidos los deseos que manifiesta de que el sistema de no intervencion sea acatado, y el inaudito atentado de querer que se respeten, por los gobiernos europeos, las formas de gobierno que las naciones americanas han adoptado respectivamente.

Nada falta para que el colega francés vea en el despacho del presidente Johnson una declaracion de guerra al Imperio mexicano. Nosotros no abundamos en las ideas de la *Estafeta* á este respecto; en el documento en cuestion vemos repugnancia hácia lo que pasa en México; pero de esto á una hostilidad declarada, va mucha diferencia.

Los últimos sucesos de Brownsville, y las contestaciones, que ellos motivaron, entre el general Weitzel y el general Mejía, hacen á nuestro colega confirmarse mas en las ideas que le ha sugerido el mensaje del presidente de los Estados Unidos. Dificil seria saber de parte de quién está la razon en este asunto; los sucesos se han referido de tan diversos modos, que nadie puede asegurar que los conoce tales como fueron; pero cualesquiera que hayan sido, no son de una gravedad bastante á producir una guerra entre la Francia, protectora y aliada del Imperio mexicano, y los Estados Unidos.

No se piense por esto que nos hacemos ilusiones; creemos como todos, que esa guerra ha de estallar tarde ó temprano; pero no la vemos aun tan próxima. Los Estados Unidos, salidos apénas de una guerra civil que fué el asombro del mundo, amenazados á cada momento por una insurreccion de los negros, necesitan de algun tiempo para nivelar sus entradas con sus gastos, y disponer de todos sus elementos para sofocar el levantamiento casi inevitable de la gente de color, y del cual han comenzado á sentirse síntomas alarmantes.

Para lograr volver al estado en que se hallaban ántes de que comenzara la rebelion del Sur, han empezado por reducir su ejército, y ninguna prueba mas grande que esta podria darse, de que por ahora no piensan mezclarse activamente en los asuntos de México.

Que sus simpatías estén por los republicanos li-

berales que defienden la causa del Sr. Juárez, nada extraño es, puesto que las ideas que estos profesan son las dominantes entre los norte-americanos; pero de esas simpatías á un auxilio serio y eficaz, hay una gran distancia que es muy probable no estén dispuestos á recorrer todavía.

Mas tarde, la guerra es indispensable. Dos potencias que se engrandecen casi al mismo tiempo en el mundo, pueden subsistir mientras que no se chocan sus mutuos intereses; pero llegan al fin á encontrarse en su camino, y de este encuentro no puede resultar mas que un conflicto que será la ruina de la una y el mayor engrandecimiento de la otra. Esto sucedió á Roma y á Cartago en Italia y en Africa, y venciendo Scipion al famoso Annibal, la grande y poderosa Cartago se humilló ante Roma y fué su tributaria, siendo este el principio de su abatimiento y de su ruina.

En el siglo presente, Francia y los Estados-Unidos, las dos naciones mas poderosas de ambos continentes, se han engrandecido casi simultáneamente, y seria difícil decir cuál de las dos ha alcanzado la supremacia sobre la otra. La última guerra de nuestros vecinos ha manifestado á la Europa atónita lo que valen sus soldados ciudadanos; sus adelantos en las ciencias, en las artes y en todos los conocimientos humanos, no temen la comparacion con los que se han hecho en Europa.

Los dos colosos crecían cada uno en el lugar que la Providencia les habia asignado. Francia, nacion

conquistadora y política, comprendió que era preciso estorbar el paso á su rival en este continente; le importaba ejercer aquí su influencia, y la expedición de México fué decidida, aprovechándose la ocasión de una guerra fratricida que desolaba á los Estados-Unidos y cuyo pronto fin nadie podía prever.

Todos hemos visto cuáles han sido los resultados de esa expedición, y fácil es concebir que terminada la guerra americana, repuestos los Estados-Unidos de sus gastos de sangre y de dinero, han de volver hácia México sus ojos para disputar á la Francia una influencia que solo ellos creen deber tener en el mundo de Colon.

Roma y Cartago van á verse de nuevo frente á frente; el triunfo es todavía incierto, el porvenir decidirá.

Decir cuál intervencion sea mas favorable para México, si la francesa ó la americana, no es posible en la época actual, en que seria muy difícil no dejar hablar á la pasión, para escuchar solamente la voz de la razón y de la conveniencia pública. Ambas naciones son grandes y poderosas; ambas tienen sus lazos de union con la nuestra; la una nos está unida por la identidad de religion y de raza; la otra, por la identidad de intereses y de ideas. De la una sabemos ya todo lo que tenemos que esperar; ante la otra, experimentamos ese sentimiento vago é indefinible que lo desconocido produce en nuestras almas.

¡La suerte está echada! ¡Que se descorra el velo que oculta al porvenir! y cualquiera que sea la nueva prueba por la que nuestra amada patria tenga que pasar, para su completa regeneracion política y social, esperamos que no sea mas fuerte que las que hasta hoy ha tenido que sufrir, y que sea la última que cimente en ella para siempre la paz y la seguridad, agentes poderosos de la prosperidad y del engrandecimiento de las naciones.

Una víctima.

(Diciembre de 1865. Publicado en el "Noticioso"
de Veracruz.

Entre las reliquias que dejan las guerras civiles, y las diversas categorías en que podría clasificarse á los partidarios, hay una especie, la mas inútil para su causa, la que se cree, sin embargo, de mayor importancia, y sobre la cual recaen todas las calamidades que cuando está de alta su partido no se compensan mas que con la dulce satisfaccion de salir de la capital á caballo al encuentro del ejército restaurador triunfante, abrazar aunque sea á un cabo de rancho, para poder decir á boca llena, á los amigos, que se ha tenido el honor de estrechar en los brazos á un héroe, ó arrojar desde una ventana innumerables ramos de flores y gran número de sonetos, y enronquecerse gritando entusiastas vivas.

Excusado nos parece decir que estos *grandes hombres* rara vez dejan de tener, en el lugar de honor de su sala, el retrato de alguno de los gefes mas prominentes del partido por el cual tienen

simpatías, y que jamas desaprovechan la menor ocasion que se les presenta, para referir con cierto aire de importancia, que el original de aquel retrato les dispensó, en tal ó cual circunstancia, la insigne honra de saludarlos. El dia, la hora, el momento, los mas insignificantes pormenores de semejante hecho que hizo época en la vida de alguno de los hombres que pertenecen á la especie de partidarios de que venimos hablando, son referidos por él de la manera mas minuciosa y con una gravedad cómica.

Pero cuando llega á su apogeo la felicidad de este ente tan inofensivo y tan lleno de importancia al mismo tiempo, es cuando por haber deslizado en su conversacion algunas palabras indiscretas, ó dejado de pagar la contribucion, es sorprendido por una policía demasiado celosa de sus deberes, y conducido á un cuartel como reo político, ó enviado por la autoridad gubernativa á la cárcel para obligarle á enterar su impuesto; moda seductora esta última, que el gobierno del general Miramon introdujo en nuestro país.

Entonces nuestro hombre se convierte en héroe de calabozo, en víctima de la tiranía y arbitrariedad de los gobiernos, y se cree revestido de una influencia tal en las masas, y de una importancia política tan excesiva, que se desconoce á sí mismo, y cree de buena fé que si el gobierno no hubiera tomado la precaucion de ponerle á buen recaudo, él habria sido capaz de derrocarlo de un soplo, ha-

ciendo una revolucion con solo un acto de su voluntad.

Cuando tarde ó temprano llega el triunfo de su comunion política, que hasta ahora, gracias á Dios, no ha habido en nuestro bienaventurado país partido que no haya tenido la dicha de empuñar por mas ó ménos tiempo el cetro del mando, no encuentra el partidario de la especie de que estamos hablando, epítetos bastante enérgicos para regalar con ellos á sus adversarios, que tuvieron la gran crueldad de encerrarle; á él, cuya vanidad no deseaba otra consagracion para pasar por un hombre eminentísimo entre los suyos.

De mucho tiempo acá hemos hecho las observaciones que acabamos de bosquejar rápidamente, y el estudio del tipo original que hoy nos ha proporcionado materia para nuestro acostumbrado artículo, nos ha complacido mas de una vez, y nunca hemos dejado de reirnos al considerarle, por mas que tuviésemos el humor mas negro del mundo.

Nada extraño es, por consiguiente, que reflexiones familiares para nosotros hace algunos años, se agolparan á nuestra imaginacion al leer en un periódico de la capital el remitido de un señor que se declara, de la manera mas bonachona que pueda imaginarse, víctima del partido liberal y del gobierno del Sr. Juarez, porque estuvo en Santiago unos cuantos dias, y porque la administracion del referido Sr. Presidente, observando la antigua y sabia máxima de tomar del enemigo el consejo, si-

guió el ejemplo de la administracion Miramon, y tuvo la feliz ocurrencia de encerrar de nuevo al remitente, porque se rehusaba á pagar un impuesto.

Por supuesto que las calificaciones de bárbaro y arbitrario, hechas de una manera clara y terminante, ó de modo que se sobrentiendan y las supla el inteligente lector, no faltan en el remitido en cuestion, que no dudamos habrá excitado la ternura de mas de una sensible lectora, que no habrá podido ménos de conmoverse al leer la narracion sentimental de los trabajos enormísimos que hizo pasar á un hombre honrado el perverso Juarez. Nosotros debemos confesar, que con todo y no pertenecer al bello sexo, nos hemos conmovido hasta derramar lágrimas.

Pero ¿qué habria dicho esa víctima de la tiranía, si en vez de haber ido á pasar unos cuantos dias en una prision sana y bien ventilada, le hubieran enviado á San Juan de Ulúa, sin otras formalidades que las que precedieron á su primer aprisionamiento; si léjos de su familia, no hubiera tenido otro alimento que el pan negro de las cárceles y los manjares nada delicados ni sanos, con que la *cari-*dad de nuestros gobiernos socorre á los presos? ¿Qué le habria parecido la perspectiva horrible de morir allí del vómito, dejando acaso sin amparo y en la miseria á una pobre mujer y á sus inocentes hijos? ¿Y todo esto sin haber cometido otro crimen que pensar (y solo pensar) de distinta manera que los que mandan?

Si nuestro héroe hubiera sobrevivido á tan horrible prueba; si no hubiera sucumbido atacado del vómito, como Florencio María del Castillo, amigo nuestro muy querido, á quien todavía lloramos, dejando en la orfandad y á cien leguas de distancia, á una familia de la que era el único apoyo, llenaria sin duda todos los periódicos de la capital y de los Departamentos con sus lamentaciones y sus quejas, y sus ojos, cegados por las lágrimas, no podrían recrearse en la contemplacion de los retratos de sus héroes.

Deje, pues, en buena hora, el señor corresponsal del *Verde*, que la prensa liberal comente y refute, cual lo merecen, las increíbles calificaciones que D. Mariano Degollado hace de un partido del que su ilustre padre D. Santos fué firme sosten y glorioso mártir, y ántes de ponerse otra vez en evidencia como *victima* del partido progresista, tómese el trabajo de reflexionar si el suyo, de que tan ufano está, puede vanagloriarse de no haber hecho nunca verdaderas é inocentes víctimas.

XXI.

La ley de sorteo y los estudiantes.

(Diciembre de 1865. Publicado en el "Noticioso" de Veracruz.)

No hace todavía un mes, que hablando sobre la nueva ley de sorteo, y enumerando sus ventajas, indicábamos de paso lo conveniente que seria exceptuar á los jóvenes que, teniendo la edad requerida para el servicio de las armas, siguen una carrera científica, literaria ó artística.

Entónces creíamos, como ahora, que ese pensamiento merecia bien llamar la atencion, y nos figurábamos que los colegas de la capital y de los Departamentos nos secundarian apoyando nuestras ideas á este respecto. Pero hasta el momento en que escribimos estas líneas, todo indica que las observaciones que hicimos no han sido atendidas por el gobierno; y en cuanto á los órganos de la prensa, solamente la *Orquesta* dijo algo en favor de la idea que emitimos.

Que los estudiantes sean exceptuados del servicio de las armas, nos parece una cosa tan indispensable, que á la verdad extrañamos sobre manera no haber sido precedidos ó al ménos seguidos por nues-

tros colegas, al indicar que debia decretarse su excepcion. Siendo el principal objeto de los periódicos ilustrar debidamente la opinion de gobernantes y gobernados, muy natural parece que al tratarse de un asunto de general importancia, emitan sobre él sus ideas y procuren que la ley, salvaguardia de los intereses de todos, llene los requisitos necesarios para que sea obedecida sin repugnancia, y no cause la desventura de familias enteras cerrando las puertas del porvenir á los que son tal vez su única esperanza.

Nuestros colegas han pensado acaso que sucederia con la ley del sorteo lo que con la mayor parte de las que se han promulgado en el país, y que á poco tiempo de expedidas, y algunas desde el momento de su publicacion, no son mas que un escrito sin consecuencia, letra muerta de que nadie vuelve á hacer caso; y en esta inteligencia, han creido inútil perder su tiempo y su trabajo en proponer modificaciones á un decreto que no ha de llevarse á cabo.

No estamos nosotros en la misma creencia; y por consiguiente, insistimos en tratar de demostrar los males incalculables que para los estudiantes trae consigo el decreto de que hablamos, y lo conveniente y justo que seria exceptuarlos mientras concluyen sus estudios.

La mayor parte de los jóvenes que estudian en los colegios nacionales pertenecen á familias muy pobres, que á costa de mil sacrificios y privacio-

nes, y sujetándose algunas á vivir en la mayor miseria, pueden pagar la colegiatura y hacer los demas gastos indispensables para llevar á buen fin el objeto que se proponen, de que sus hijos tengan una profesion independiente, y puedan con el tiempo bastarse á sí mismos, corresponder debidamente á la familia sus desvelos, y lo que no tiene nada de raro y se ve en nuestro país con demasiada frecuencia, lograr ilustrar su nombre y dar honor y orgullo á su patria.

La mas que escasa fortuna de estos no les permite, si les toca en suerte un mal número, hacer el desembolso de cuatrocientos pesos, cantidad indispensable, lo mismo para el rico que posee millones que para el pobre que no tiene un centavo, para comprar un reemplazo; tomarán, por consiguiente, las armas, interrumpiendo los estudios que los habrian hecho con el tiempo útiles á su familia y á la sociedad, harán su servicio de soldados durante el tiempo que señala la ley, y llegado el término de su empeño, si no han sido inutilizados ó muertos en campaña, volverán al seno de su familia, acostumbrados á la ociosidad de los cuarteles y de los campamentos, llenos tal vez de los vicios que allí indispensablemente se adquieren, olvidados de todo lo que aprendieron en el colegio, sin aficion alguna á los estudios, sin inclinacion ni deseo de ocuparse en cualquiera profesion que les proporcione una honesta subsistencia, y perdidos, en fin, para la sociedad y para su familia.

Los estudiantes que pertenecen á familias ricas, que son los ménos, serán exceptuados de hecho, puesto que pueden pagar los cuatrocientos pesos del reemplazo, y continuarán sus estudios, llegarán con el tiempo al fin de su carrera, y grandes médicos ó eminentes jurisconsultos, apénas reconocerán en alguno de tantos hombres de fisonomía embrutecida por la costumbre de la embriaguez, que frecuentan los garitos, á un antiguo discípulo que en el colegio comprendía acaso y daba mejor que ellos sus cátedras, y á quien todos auguraban un porvenir grande y risueño, que la ley de sorteo y su mala suerte vinieron á cambiar de una manera tan triste y tan completa.

Este cuadro, que quisiéramos fuese exagerado, basta para poner de manifiesto los inconvenientes gravísimos que hay para la no excepcion de los estudiantes, y los incalculables males que pueden resultarle á la sociedad y á la familia de que ellos entren en el sorteo.

Una vez concluida su carrera, hombres ya formados y contando con sus recursos propios, llegada la vez de prestar sus servicios á la patria como soldados, si no pueden proporcionarse un reemplazo, tomarán las armas, pero el honor de su carrera, las nobles miras que tiene generalmente un hombre que ha concluido sus estudios y que se considera capaz de grandes cosas, al mismo tiempo que le harán cumplir con sus deberes de militar pundonoroso, le impedirán, en cuanto sea posible, con-

traer ciertas costumbres y ciertos vicios que, lo repetimos, no pueden ménos de contraerse en los cuarteles y en los campamentos.

Que se reflexione un poco sobre lo que acabamos de exponer rápidamente en las anteriores líneas, y se comprenderán fácilmente los graves motivos que hacen indispensable la excepcion de los estudiantes para el servicio de las armas. No tenemos la pretension de enmendar las superiores disposiciones, ni mucho ménos queremos criticarlas; pero creemos cumplir con nuestro deber señalando sus inconvenientes, y nos consideraremos felices si nuestras observaciones pueden influir para que se haga en la ley de sorteo la reforma que hemos indicado acerca de los estudiantes, y la de que otra vez hablamos tocante á la desigualdad del precio de los reemplazos, atendida la diferencia de fortunas de los ciudadanos aptos para el servicio.